

_SÍMBOLOS PÚBLICOS

Según el Diccionario de María Moliner un símbolo es una cosa que representa convencionalmente a otra. Cuando se trata de símbolos sociales estos se construyen con el tiempo, al calor de la memoria colectiva y nunca por imposición. Cualquiera puede elegir símbolos, marcas o logotipos para sus negocios particulares. Sin embargo, no es buena práctica imponer los símbolos de todos.

Afortunadamente, en sociedades como la nuestra ni los políticos, ni la alta jerarquía de las iglesias, ni los ricos ejercen el poder absolutamente. Pero el ejercicio continuado del poder deja un poso en la manera de entenderse. Es relativamente frecuente que personajes públicos se eleven a sí mismos a la condición de estadistas, que crean que tienen fórmulas para solucionar todos los problemas, que se consideren ungidos para ver lo que nadie ve o que reclamen un trato excepcional en cualquier situación.

Como si se tratara de un efecto secundario producido por el uso frecuente del coche oficial, en poco tiempo estos personajes toleran mal la crítica y la discrepancia. También hay que tener en cuenta que lo habitual en los séquitos, las cortes, las curias y los gabinetes es que reúnan a aduladores y no a críticos. Y esa capa de vanidad que despierta *la claqué* se convierte en una boira que termina por impedir que quienes ejercen el poder lean acertadamente la realidad.

Un país, un pueblo, una ciudad no es solo un territorio delimitado por accidentes geográficos, edificios, plazas, fuentes y monumentos. Son espacios públicos que nos pertenecen a todos, pensados para el encuentro de los vecinos, espacios que nos protegen y que nos hacen la vida más fácil. En estos espacios se deposita la memoria de las personas que en ellos se encuentran, interaccionan, sufren o son felices, trabajan, celebran sus reencuentros o sus despedidas. Son espacios cargados de significados compartidos que se materializan en los nombres de las calles, en los lugares elegidos para las celebraciones y los duelos.

Los símbolos de los territorios y las ciudades sobreviven al paso del tiempo, unen a un pueblo, despiertan un sentimiento de identidad y nos hacen entender que formamos parte de un grupo que comparte unos valores, un paisaje, una historia y un futuro común. Estos símbolos que nos proyectan en el exterior y nos ponen en relación con el resto del mundo, no se imponen ni por mayorías absolutas, ni por ser hijos de la modernidad, ni con costosas técnicas de *marketing*.

editorial